

El hombro izquierdo

Como planta que medra
entre escombros, traída
del aire al pie del muro, que se emprende
fuerte contra los goznes
y sigilosa bajo el aguacero,

de los hombre así
las tristes vidas,
contra la indiferencia de este firme
invierno con esfuerzo
ganado, con esfuerzo
se emprenden



A veces alza
la vista, deja todo
sobre la mesa, entre
una mano y la otra se incorpora y añade
un par de gruesos leños
al fuego. Cada uña
es una hora



A través de la lluvia el monte suena
(está o no está), saluda
al hombre que retira

la tela, desempaña
con la mano el cristal. No le pregunta
nada, no le responde
nada: el viento sólo
hace vibrar en su oído
una cuerda de oveja,
otra de lobo.

★

Como la rosa,
que en presencia de tales
hierbas se enzarza (jura
que acabará dejándolas un día
entrar para que tomen
posesión de este césped), su noticia
de allí se vuelve negación, se vuelven
del otro lado su motivo pura
tesorería y pura
vanidad su lenguaje (la palabra
dejándose querer en cada mala
lectura, la presencia
tomada de humedad en las bodegas
de la licitación). Hoy no descansa
sin callar, hoy no quiere
nada sino callar, ganar paciente
su mansedumbre. Ha usado
cuarenta años en limpiar el vaho.

★

De más al borde del camino
y a la sombra de antiguos
paredones, ya lejos
de su vieja raíz pero a lo suyo,
aguardando rehusadas,
ante la compostura de estas rosas
caídas en la fe, de tantos días
gastados en la fe, del otro lado

de la valla, iluminan
la holgura de la puerta
de su meditación.

Vuelve la cara
para mirar sobre su hombro izquierdo
la habitación regresada.



Ahí los objetos de su vida (fuera,
entre la biografía y la vergüenza, una
naturaleza sin consuelo dice
que es un extraño) intentan
una imagen a falta
de explicación. Aún tiene
esa costumbre de cerrar el libro
sin señalar la página. Lo deja
sobre el sofá y enciende (así se esconde
del que jugaba sólo
bajo la mesa) un viejo
televisor en blanco y negro (cuando
sin embargo podría suavemente llamarle
por su nombre, posar un dedo como
una señal en la manita blanca
que aún crece hacia la suya
mostrando un indefenso
consuelo). Vaticina
chubascos.
La lluvia aclara el horizonte —piensa—
pero borra el camino.



Como la lluvia que de nuevo lava
el sufrimiento pero
que no lo borra, así este sitio.
Se oculta en él sin rendirse,
como la flor amarilla,
en la retama negra.

Un tumulto lejano se mezcla
con el aire de aquí.

Mira las manchas de agua, siente
la humedad de la cal (el frío que entra
sin llamar y se queda
agazapado allí en alguna antigua
grieta del pecho, aunque los hombros como
la fachada agradezcan un sol ya más benigno). El día
quiere ser visitado. Desde dentro
llegan las animosas amenazas
del candidato.



Llegó huyendo, no en busca, a cumplir uno
a uno los años cierto,
sereno hacia el abrazo
de la luz, a cuidarse
entre tanto lo mínimo
de un puñado de tierra, a beber uno
o dos vasos al hilo
de la tarde, escuchando
el Octavo Cuarteto, o recorriendo
—si más, si ya bajando
por la fácil pendiente— indiscifrables
bienes tras la rutina poderosa
de un cuerpo convenido
y despierto. Mas uno
tan sólo encuentra lo que anduvo siempre
tras él.



Apaga y sale
hacia la cercanía de otros hombres,
la vecindad sin preguntas
de los que la echan al billar o arrastran
golpeando la madera, le recibe

como reciben todo
cuanto es sin hacerse
con nada, cuanto enhebra
el destino allá lejos,
muy lejos del caballo que comió la bellida
fresca y que ha muerto sin provecho,
muy lejos del que bebe escupiendo un brizna
en honor de aquel año
que fue peor. Anota
algo en el margen y alza
de vez en vez los ojos, nadie
le considera demasiado extraño
a estas alturas, sólo
la peluquera es curiosa.



Y qué unanimidad en cuanto viene
del fuego, inmerecida el alma,
desperdiciada en naderías,
pudiendo contemplar, quedarse quieto
al calor que no acude
de dentro, que no causa.

La cerilla ilumina la mano nómada,
unos ojos, apenas, que no miden:
el cigarrillo puede más que el recuerdo.
La sensación es mejor que el amor.



Al fondo, casi puede
sentirlo todavía, el frío se esconde:
nunca se va del todo.
Lo que en algún momento llegó a ser, le observa.
Sólo por eso sabe
que no es un muerto: no tendría un secreto.

Corta limón,
esparce hielo en un paño.

Vuelve eso tan sólo, y un olor imposible
de precisar, y el roce
de la antigua lesión. No somos sino
una fina membrana.

Juan Carlos Suñén

